

LETRAS LIBRES

ABRIL 2012, AÑO XIV
REVISTA MENSUAL \$60 PESOS
ISSN 1405-7840



DISERTACIÓN SOBRE
LA NATURALEZA
DE HUGO HIRIART

Gabriel Zaid

CLARIDAD
EN LOS PREMIOS

*Alma
Guillermoprieto*

REGRESO A EL SALVADOR

*Notas sobre
CASTAÑEDA-
AGUILAR CAMÍN,
VICENTE ROJO,
DE PANZAZO,*

WISŁAWA SZYMBORSKA...

**ENRIQUE
KRAUZE**

CAS MUDDÉ

**JOHN P.
McCORMICK**

**GUY
SORMAN**



LA TENTACIÓN DEL
POPULISMO



20-05-12

visitas a Hiroshima el sufrimiento más allá del sufrimiento, en ningún momento Oé cae en la trampa del enjuiciamiento definitivo sobre el enemigo y su reverso lógico, la victimización extrema del pueblo japonés. Oé habla de dignidad humana y de moralidad, de categorías, por así decirlo, vinculadas a la práctica de la sobrevivencia. En este sentido, hay en *Cuadernos de Hiroshima* un cierto correlato con *Eichmann en Jerusalén*. Un estudio sobre la banalidad del mal, el polémico libro que Hannah Arendt escribió a partir de la cobertura que hizo del célebre juicio a Adolf Eichmann en 1961 para la revista *The New Yorker*. Basta recordar la insistencia —que le valió una severa recepción crítica— de Arendt en la importancia de juzgar estrictamente los crímenes cometidos por el individuo bajo acusación, no así las grandes cuestiones como “¿por qué ocurrió?”, “¿por qué los judíos?”, “¿por qué los alemanes?”; de ahí que *Eichmann en Jerusalén* comience con la exclamación “*Betb Hamishpatb*”, ¡la Casa de la Justicia!, proferida

por los ordenanzas para anunciar la entrada de los tres jueces encargados del caso. “En un mundo en el que el asesinato ha adquirido el estatus de deber cívico —dice Tony Judt en un ensayo sobre la obra y pensamiento de Hannah Arendt—, las categorías morales usuales (y legales) no bastarán.”

Paradójica o consecuentemente, mientras Oé y Hannah Arendt se debatían, cada uno por su lado y de manera casi simultánea, en busca de una explicación moral ante la contundencia de una realidad sobre-cogedora, *inhumana*, en los círculos académicos y de la alta política en el entonces llamado mundo libre, nacían las primeras generaciones de estrategias nucleares en respuesta a la carrera armamentista con la Unión Soviética —de ahí la futilidad de las conferencias auspiciadas por Naciones Unidas para discutir la proscripción de las armas nucleares—. Henry Kissinger, Bernard Brodie, Albert Wohlstetter, los estrategas y teóricos provenientes del mundo de las matemáticas, Herman Kahn y Thomas Schelling, así como el gerente automotriz después nombrado secretario de Defensa, Robert McNamara, se ocupaban de analizar y alistar en la práctica los distintos enfoques y utilización de las armas nucleares —desde la idea de ataques tácticos hasta la destrucción mutua asegurada, mejor conocida por sus siglas en inglés como MAD—. En Harvard, el MIT y el Pentágono, no había lugar para moral ninguna, vieja o nueva. De acuerdo con sir Lawrence Freedman, profesor del King's College e historiador de la evolución de la estrategia nuclear, estaba en juego la naturaleza de la toma de decisiones en tiempos de crisis extremas y el trasunto de las armas nucleares “se trataba en términos militares con fines políticos, en lugar de un problema de ética o de cultura del desarme”.

Pasados 46 años desde su aparición, lo que hace de los *Cuadernos*

de *Hiroshima* un libro tan importante como las novelas y el resto de la obra de Kenzaburo Oé es la respuesta que el escritor en ciernes encontró en el sufrimiento del que fue testigo y el impacto que este tuvo en él. Advierte en un texto fechado en octubre de 1964:

Pretendo reconfirmar la imagen que tengo de Hiroshima. En este ensayo, por tanto, me centraré en la dignidad humana. Eso es lo más importante que descubrí en Hiroshima y eso es, exactamente, lo que necesito para soportar y dirigir mi propia vida.

En realidad, el escritor revelaba en ese texto el soporte moral y vital gracias al cual, al igual que los sobrevivientes del bombardeo atómico, había optado por enfrentar con dignidad la desgracia personal y, al final del día, tornarla en perdurable arte literario. —

ARQUITECTURA

Nuestro canon



Fernanda Canales
y Alejandro
Hernández
Gálvez
100x100 ARQUITECTOS
DEL SIGLO XX EN
MÉXICO
México, Arquine, 2011.
288 pp.

JUAN CARLOS CANO

Hay algo de entrañable en la obsesión humana por clasificar y catalogar. Sei Shōnagon, Plinio el Viejo, las Siete Maravillas de la Antigüedad, los cien mejores discos del *Billboard*, Georges Perec o el *Atlas Mnemosyne* de Aby Warburg coinciden en el intento de plantear una visión subjetiva de un tema específico haciendo una selección que sigue ciertas reglas fijadas de antemano. Hay también algo de neurótico en

EL COLEGIO
DE MÉXICO

Novedad editorial



<http://www.colmex.mx>

todo esto; sabemos que es imposible clasificar el universo en su totalidad, pero tenemos el deseo oculto de que una lista pudiera poner en orden al caos.

El libro *100x100. Arquitectos del siglo XX en México*, de Fernanda Canales y Alejandro Hernández Gálvez, tiene un origen peculiar: nació de un póster que mostraba la cronología gráfica de la arquitectura mexicana del siglo XX. Era un intento por catalogar cierta información desordenada. Posteriormente surgió una duda: ¿es posible graficar la historia? Es decir, siguiendo el planteamiento que Franco Moretti hace en *Graphs, maps, trees* acerca de encontrar una manera cuantitativa para contar la historia de la literatura, Canales y Hernández Gálvez se propusieron sistematizar la historia de los cien arquitectos mexicanos más relevantes del siglo pasado, su obra, sus orígenes, las relaciones que mantuvieron entre sí, una historia transversal, en fin, que pudiera encontrar claves nuevas para entender el tema en su conjunto. El esquema era complejo y en cierta forma no consiguió su objetivo, sino que se transformó en un libro más sintético pero que conserva el catálogo de personajes. No es la primera vez que se intenta una tarea así. En 1961, Max Cetto hizo una compilación de sus afinidades electivas y publicó *Modern architecture in Mexico*, un ejercicio subjetivo que resumió la modernidad arquitectónica de mediados del siglo XX, y en 1989, Louise Noëlle publicó *Arquitectos contemporáneos de México*, una especie de índice de los arquitectos más relevantes del momento y una cronología detallada de sus obras.

La arquitectura mexicana del siglo XX es contundente. Pocos países han podido equilibrar un legado constructivo tan fuerte sin dejar de ser modernos, retomando tradiciones y manteniéndose abiertos a las influencias más vanguardistas de un siglo que creyó en

el progreso y la racionalidad. Sin embargo, la mayoría de esta producción arquitectónica es prácticamente desconocida, no solo por el público en general sino también por los propios arquitectos actuales. Luis Barragán, Teodoro González de León, Juan O'Gorman o Mario Pani son referencias innegables que cualquier estudiante reconoce con facilidad; no sucede lo mismo cuando surgen nombres como Ramón Marcos, Augusto Pérez Palacios, Alejandro Prieto o José Luis Benlliure. Si profundizamos un poco, el conocimiento que los arquitectos mexicanos tienen de la arquitectura del siglo pasado es decepcionante. No conocer el pasado es no saber cómo actuar en el presente. Ignorar la tradición reciente es peligroso, fácilmente se cae en la mediocridad de la imitación sin análisis, la copia mediática, el gusto por la inmediatez.

La ignorancia acerca del tema ha sido provocada en gran parte por la poca difusión de los autores y sus obras. Canales y Hernández Gálvez han intentado llenar este hueco, han asumido el rol de arqueólogos de informaciones extraviadas, dispersas en varios archivos, fragmentadas entre diversas instituciones o entre familiares. De igual modo, muchas de las obras, al no estar protegidas, han sido modificadas o demolidas, la mayoría de las veces sin tener conciencia de su valor intrínseco, por ignorancia de sus dueños o por especulación inmobiliaria. Y esta es la clave para entender la verdadera utilidad de este libro, el redescubrimiento de obras que podrían pasar inadvertidas incluso para sus propios ocupantes. La arquitectura tiene una condición peculiar, posee un valor material que juega en el mercado inmobiliario y que muchas veces opaca su valor arquitectónico. Desconocer estos valores ha provocado que se haya perdido gran cantidad de obras importantes.

Este libro no pretende ser un recuento crítico, es simplemente un esquema, una gráfica extendida. Como dicen sus autores, esto es un fichero, un índice para cien libros posteriores. Una tarea para neuróticos. Es apenas el prólogo de un trabajo de catalogación que pudiera incluir una cronología de las obras completas de cada arquitecto y mapas de ubicación de cada obra. Podría ser un proyecto virtual, más interactivo, que pudiera actualizarse de manera constante. Al igual que los hechos históricos, es más fácil dilucidar el valor de las obras arquitectónicas entre más alejadas se encuentren en el tiempo. Los vicios y virtudes de cada una de las obras se entienden mejor cuando también se entienden las circunstancias en las que fueron planeadas. Como decía Jorge Luis Borges acerca de las traducciones, cada época debe tener sus listas. Cada generación tiene una sensibilidad propia y hace sus clasificaciones basadas en ella. Los ojos con que vemos la modernidad arquitectónica de un país pueden variar y, en este momento, esta es nuestra mirada. Curiosamente, las coincidencias con el libro de Max Cetto y con el de Louise Noëlle son casi totales. ¿Querrá decir esto que el espíritu moderno continúa vigente? ¿Que las generaciones no son tan efímeras? ¿O tal vez que no tenemos la perspectiva necesaria para disentir? Da cierto morbo saber qué obras continuarán vigentes en un libro parecido dentro de cincuenta, cien años. Por lo pronto, este parece ser nuestro canon, el espíritu de nuestra época. —